

# ANTONI CUMELLA



*En torno a...*

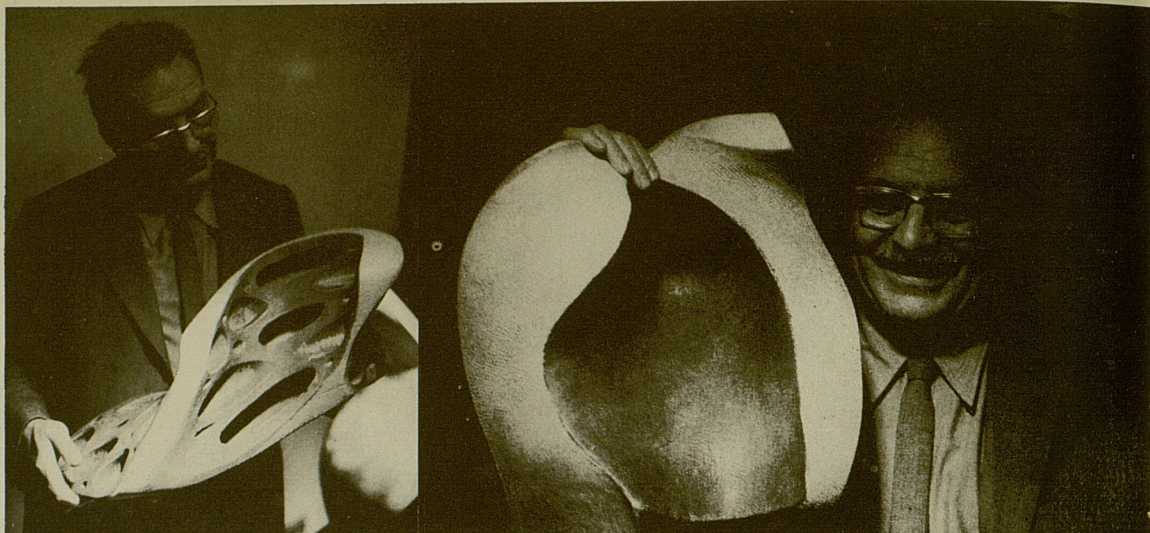
Retirado Llorens Artigas, Antoni Cumella es junto al japonés Hamada y al inglés Leach el tercer gran ceramista del mundo. Sus cabellos de plata cortados al cepillo podrían engañarnos (aires de estrategia jubilado del Pentágono), pero no así su acento fuerte y el despierto escepticismo que se esconde detrás de un rostro sin ambigüedad: Antoni Cumella es un hombre de tierra adentro. La ligereza un punto frívola de las gafas y también la impaciencia que reflejan sus manos podrían pasar a engrosar la lista de signos externos equívocos. Y sin embargo, basta una ligera panorámica de noventa grados desde el artista a su obra para volver a la evidencia central. Los vasos, las jarras, los pedruscos, las placas, cuya textura resulta permanente, inmovible, cuyos colores presentan una solidez total, sin fisuras, cuyas formas no queda más remedio que ir a buscarlas en la tradición de la vasija y en los volúmenes de la naturaleza más estable; esos vasos, esas jarras, esos pedruscos y placas nos remiten a la evidencia de unas manos enclavadas en un entorno cuyo gran proveedor de imaginación es la labor callada del viento, de la lluvia, del paso inexorable del tiempo: nos remiten al sólido, cálido talante de Antoni Cumella y su Granollers natal.

“Mi padre era relojero y murió cuando yo tenía dos años. Cuando cumplí los ocho mi madre volvió a casarse con un hombre cuyo oficio era la alfarería. Fui a la escuela nacional hasta los 12 años y en seguida empecé a trabajar con mi padrastro. Trabajando el barro, haciendo ollas y cazuelas, pensé que aquel material podía dar lugar a otros objetos. Qué sé yo: figurillas de pesebre, por ejemplo. Y así, a los 14 años realicé mi primera cerámica artística. Esta es toda mi escuela...” Pero en Cataluña había una tradición —una escuela implícita— en el arte de trabajar la cerámica. Si el siglo XIX había significado el triunfo de la industrialización y el consiguiente fin del trabajo artesanal, esa misma saturación del trabajo mecánico y en serie motivaría a caballo de los dos siglos el surgimiento de islotes disidentes, que marcharían a contracorriente. Es en Inglaterra el movimiento *arts and crafts* y en Cataluña el interés del grupo modernista —Gaudí, Domènech i Montaner, Gallsà, Puig i Cadafalch...— por la resurrección de la buena artesanía, que dará sus mejores resultados en las baldosas *art nouveau*, entre 1900 y 1910. Pero el interés por la cerámica en Cataluña no termina aquí. El 1900 debía significar una enorme curiosidad por todo lo oriental y, en consecuencia, por la porcelana china y sus técnicas de fabricación. Aquí serán aclimatadas por Antoni Serra. Después de 1910, el “noucentisme” de D’Ors siguió guardando dentro de las artes un lugar privilegiado a la cerámica: Josep Aragay y Xavier Nogués “consiguieron —escribe el crítico Cirici Pellicer— dar vida a la baldosa y al vaso decorado dentro de una tradición renovada”. Con todo, deberá esperarse la aparición de J. Llorens Artigues para que la cerámica catalana alcance su apogeo y al mismo tiempo su proyección en Europa. Entonces la cerámica —escribe siempre Cirici Pellicer— “al romper con la tradición europea, al buscar la pureza y prescindir de la figuración, al proponerse un ideal de calidad, entró en el mundo de la vanguardia plástica y consiguió el respeto de las demás artes, abandonando así el lugar secundario que hasta entonces se le había concedido”. En esta tradición de la cerámica como arte (y aún como arte de vanguardia) debería inscribirse Antoni Cumella.

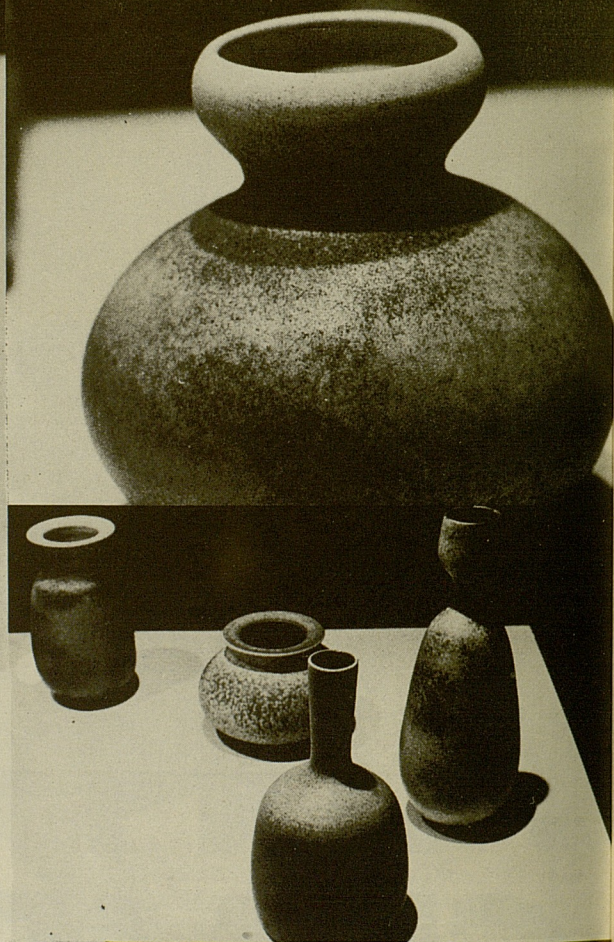
“¿La función de la cerámica? ¡Claro que ha cambiado! Mire: cojamos la cerámica china entre los siglos X y XII, una cerámica bellísima que a mi me encanta. Pues bien, fundamentalmente esa cerámica servía para beber el té... ahora, en cambio, es una pieza de museo. Lo que quiero decirte es que la función de la cerámica es hoy distinta. Que no es utilitaria. Su nueva función es artística; la cerámica se ha convertido en objeto estético. Y claro, esto puede ser un problema. Porque, fíjate, se ha arruinado una artesanía muy buena como la de la Bisbal, Piera, Breda, para substituir la tradición de la técnica ceramística, que sólo se aprende en el taller, por unas escuelas (aquí escuela Massana) que no sirven de gran cosa.”

Antoni Cumella se entusiasma con facilidad. Entonces, pese a la vivacidad cautelosa de los ojos, su bien recortado bigote se agita con profusión. Las manos cortan imparciales el aire.

“Yo a la escuela sólo he asistido como profesor... ¿Me entiende? Siempre, cuando me invitan a visitar una escuela para dar al-



“Sólo he ido a la escuela como profesor...”

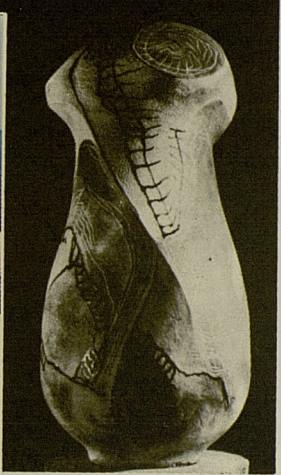
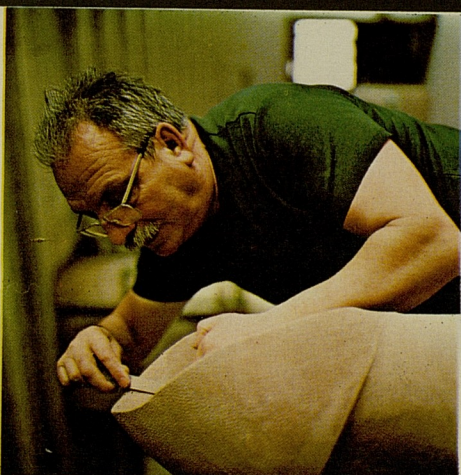
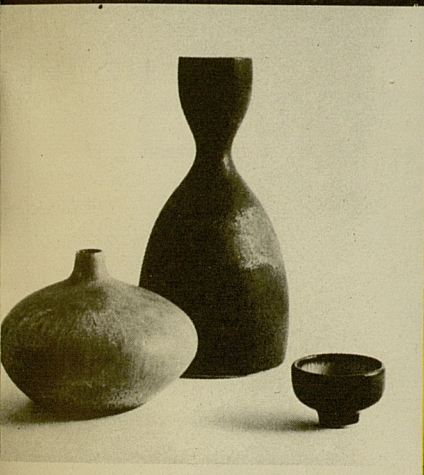
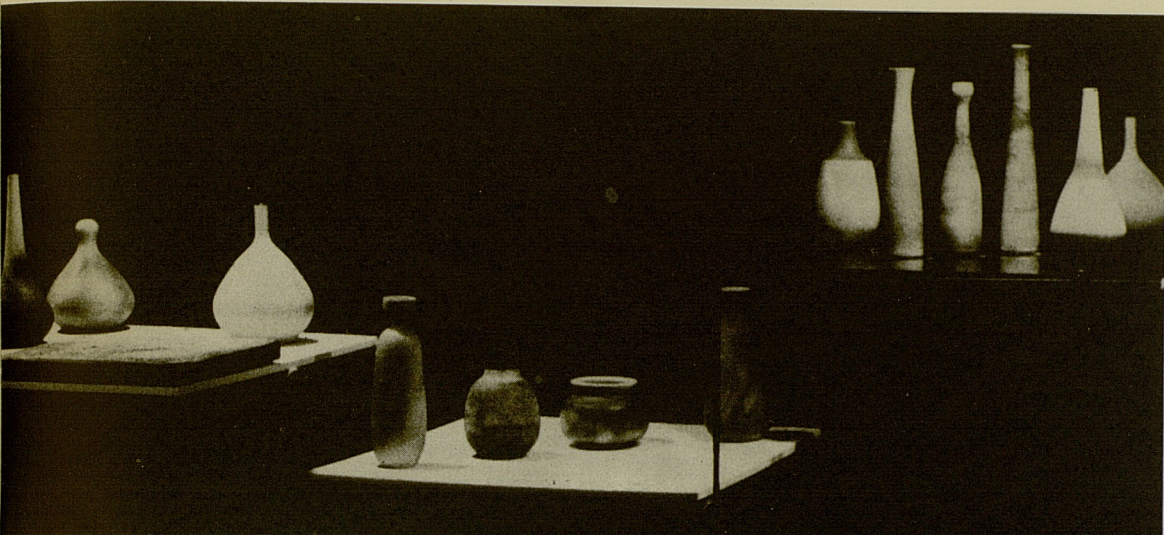


gún curso o alguna conferencia, yo acepto. No crea, no lo hago por convicción. Lo hago más bien por erudición: como quien dice, así reúno material para poderlas criticar mejor...” La boca de Cumella se extiende con generosidad y la cara se hace risueña.

Antoni Cumella está exponiendo en la actualidad sus últimas obras en la sala barcelonesa “Dau al Set”. Vasos, placas, esculturas, colores y formas enormemente trabajados rodean sobre la moqueta acogedora la figura del autor.

“El problema del arte de hoy, ¿eh? —y se pone serio—. Es algo complicado. No hace mucho estuve con Grau Garriga en Amiens, ciudad cuyo ayuntamiento, como usted debe saber, está dominado por los comunistas. Pues bien, allí nos reunimos con un grupo numeroso de jóvenes universitarios, más de izquierdas aún, naturalmente, que sus mayores. Uno de ellos le preguntó a Grau Garriga si el arte seguía perteneciendo como antes a la aristocracia y a la burguesía. Yo me anticipé para contestarle: mire, sólo sabría decirle que hoy el arte también puede servir para lo que nosotros hemos venido a hacer aquí, a Amiens (unos murales para el ayuntamiento), y también para decorar hospitales, fábricas...” Cumella mira con





*“La cerámica de hoy no es utilitaria: se ha convertido en un objeto estético”*



gesto expresivo de ojos y manos, como queriendo significar “está claro, ¿no?”, pero no satisfecho prosigue: “El problema del arte es un problema de distribución. El problema del objeto artístico, como el de todas las cosas, por otra parte, es un problema de distribución... Mire, a mi me gustaría tener un Picasso, pero por su precio me resulta imposible comprarlo. La ley de la oferta y la demanda es determinante en estas cosas del arte. Pero aún así, ¿qué vamos a hacerle? ¿Vamos a impedir que Picasso haga picassos porque no están al alcance de todos los bolsillos? ¡No, hombre, no! La sociedad ideal sería aquella en la que la gran mayoría pudiera subsistir a partir de su trabajo. Que yo sepa, esto no lo han conseguido ni el socialismo ni el capitalismo...”

Antoni Cumella puede agitarse con toda la cordialidad del mundo, mientras su caja torácica se hincha y deshinchas con la precisión mecánica de un émbolo bien engrasado: es la pasión por las cosas.

“Hay, si usted quiere, soluciones intermedias. Yo, cuando voy al Prado, considero como mías todas aquellas pinturas que aprecio. Por otro lado, la cerámica aplicada a la arquitectura puede con toda facilidad pasar a formar parte del patrimonio colectivo. En fin, es lo que le decía antes: en una fábrica, en un hospital, en la fachada de un edificio la cerámica puede ser así el arte para todos.”

Siento curiosidad por saber qué distinciones establece Cumella entre las cuatro ramas de su obra: los vasos, las placas, la escultura y la arquitectura. Como suele suceder en estos casos la respuesta resultaba presumible:

“No hay ninguna diferencia entre los diversos objetos que fabrico —responde Antoni Cumella con una cierta precipitación, como quitando importancia a la pregunta—. Una vasija es como una escultura abstracta y una escultura como una vasija. Por lo demás, todo en mi opinión se reduce a problemas de arquitectura. Incluso la pintura. ¿Qué es un cuadro sino una ordenación de formas y colores dentro de un espacio cerrado? No hay nada aparte, pues. Todo es lo mismo.”

De Cumella se ha dicho —su físico lo hace presumible— que pertenece a la raza de los payeses. Pero él prefiere definirse como obrero de la construcción: “No, no creo en la inspiración y por eso trabajo ocho horas, como un albañil. De ocho a doce de la mañana y de dos a seis de la tarde. Eso sí, recibo a todo el mundo. Por teléfono nada. Pero si alguien tiene la paciencia de desplazarse a Granollers, ¿qué voy a hacer, no? Podemos hablar mientras yo trabajo... ¿qué cómo trabajo? Desordenadamente, claro está. Como con las lecturas. Leo cosas diferentes al mismo tiempo. Ensayo, sobre todo; pero también novela policíaca: ¿por qué nos vamos a engañar? me encantan las novelas policíacas. Pues bien, en el trabajo soy igual. Dejo una cosa y empiezo otra. Después una tercera para volver a la inicial... En fin, ya ve.”

Ya veo. Antoni Cumella se levanta y me tiende la mano. No puedo dejar de pensar al verle junto a sus cerámicas en la sensación de solidez que el conjunto desprende. Una solidez de arcilla, que nos engaña.

**LUIS REYES**  
(Fotos: Pilar Villarazo)